

recordar, que la justicia va acompañada de la misericordia, cuando nos castiga en este mundo.

JUSTICIA DE LOS HOMBRES.—Debe parecerse á la justicia de Dios en el castigo de los pecados.

Debe parecerse á la justicia de Dios en la recompensa de las virtudes.

JUSTICIA DE LOS HOMBRES.—Debe ser ilustrada por la verdad. Debe ser sostenida por la fuerza. Debe ir acompañada de la caridad.

JUSTICIA DIVINA; véase: CALAMIDADES, JUICIO FINAL, JUICIO PARTICULAR É INFIERNO.

JUSTICIA FALSA ; véase: DEVOCION;—HIPOCRESÍA.

JUSTO ; véase: FELICIDAD DE LOS JUSTOS y RECOMPENSAS.

JUSTO (MUERTE DEL); véase: MUERTE DEL JUSTO.

Véase: JUECES: Discurso para la apertura de Tribunal.

JUVENTUD.

(NECESIDAD DE SERVIR Á DIOS DESDE LA)

Adoleseens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea.

La senda por la cual comenzó el joven á andar desde el principio, esa misma seguirá también cuando viejo.

(Prov. xxii, 6.)

El Espíritu Santo nos exhorta á servir á Dios desde la edad más tierna; el mundo, al contrario, nos dice, que así como hay un tiempo para servir á Dios, para dedicarse á la virtud, para negociar la salvacion, hay otro para servir al mundo, para darse á los placeres, para satisfacer las pasiones: que el hombre, como libre, como dueño

de sí mismo y árbitro de su corazón, debe, en los primeros años, rendirse á los halagüeños apetitos que le arrastran, seguir los deleites que le incitan, disfrutar del verdor de la juventud, darse á todo género de pasatiempos: que esta amena y agradable edad corre velocísimamente: que la importuna vejez despertará en nosotros, y á pesar nuestro, serias reflexiones; y que para pensar en la eternidad, tiempo tendremos bastante, cuando nos hallemos cerca del sepulcro.

Ved ahí la doctrina que, tan sin vergüenza, sustituye nuestro siglo á la del Evangelio: ved la doctrina de nuestros teatros, la doctrina de nuestros libros, la doctrina de nuestras conversaciones: doctrina que las pasiones siguen gustosas, que el corazón recibe con ansia, que la naturaleza corrompida contrapone á la razón; y doctrina con que el infierno, atento á destruir la heredad de Jesucristo, por medio de tantos hombres pervertidos y pervertidores, que se prestan á su inicuo ministerio; inficiona á toda prisa los últimos días de este mundo, que está amenazando ruina. Hoy intento combatir este monstruoso error, manifestándoos, en primer lugar, la necesidad de servir á Dios desde la juventud; y en segundo lugar, los medios de perseverar en ella en su santo servicio. Este asunto á todos os puede ser provechoso, alentando á los jóvenes en su fervor, y excitando á los que no lo son, á la verdadera penitencia. Pidamos la gracia, por intercesion de la Virgen. A. M.

1. La resolucion de pasar la juventud disolutamente, hace á Dios gravísima injuria, expone á horribles desgracias, y causa irreparables daños. Anda, dice el Espíritu Santo en el Eclesiastés, anda, joven disoluto, tan dormido á los llamamientos de mi gracia, y tan desperto á los incentivos de los vanos deleites; tan indócil á mi voz, que te llama, y tan obediente á la de la concupiscencia, que te domina; anda, corre á sacrificar los mejores días de tu vida al ídolo infame de la sensualidad; anda, y no turbe el curso de tus locas alegrías el menor remordimiento. No niegues á tus sentidos nada de lo que apetecen; vive segun tus depravados deseos, desprecia mi ley santa, siguiendo solamente los impulsos de un corazón desenfrenado: *Lætare juvenis in adolescentia tua, et ambula in viis cordis tui* (ECCLES. XI, 9). Pero, no creas que, siendo testigo de tus desórdenes, los apruebe yo con indigna condescendencia; pues, mis ojos con que observo tus desvaríos, tienen contados todos los pasos que das en los caminos de la maldad, y mi mano los escribe en aquel tremendo libro, donde se leerá la suerte eterna de los mortales en el día de las venganzas. El mundo, acaso, te perdonará los yerros de la juventud, ex-

cusándolos y justificándolos; pero, yo, no me gobierno por el capricho de un pueblo nécio, que juzga segun el ciego dictámen de las pasiones, y no segun las leyes del Evangelio y de la razon; porque yo soy, yo debo, y quiero ser Dios de tus primeros años, como lo soy de los postreros dias de tu vida. Y ¿por qué los pecados de la juventud no han de ser pecados? ¿Conoce acaso el Evangelio esa frívola distincion de primeros y de últimos años de la vida? ¿en qué pasaje de él se declara, que los preceptos no tienen lugar sinó al fin de la vida? Cuando Jesucristo nuestro bien mandaba caminar por el camino estrecho, hacerse fuerza, negarse á sí mismo, llevar su cruz, seguirle, imitarle; hablaba con todos, sin diferencia de estado ni de condicion, de empleo ni de calidad, de sexo ni de edad; hablaba con grandes y pequeños, con ricos y pobres, con jóvenes y viejos.

¡Oh loca y desatinada juventud! Dios ¿no es el Señor de todos los tiempos? ¿tenemos acaso un solo momento, que no sea una gracia de su benigno amor, y como un efecto de su infinito poder? ¿no es el alma de la juventud, del mismo modo que es el apoyo donde la vejez se sustenta? y si todo es de él, ¿por qué no se referirá todo á él? si todo viene de Dios, ¿por qué no volverá todo á Dios? ¿Con qué derecho te atreves á vulnerar su autoridad suprema, señalándole limites, y fijando el tiempo en que ha de dar principio su imperio? Y cuando en el bautismo le juraste fidelidad inviolable, ¿prometiste darle solamente la vejez? ¿Parécete, que toda tu vida entera es dádiva excesiva para un Dios tan grande, para un Dios, de quien la has recibido toda, para un Dios, á quien la has prometido toda? Señálame una cosa que no hayas recibido de Dios, y yo te diré lo que puedes negarle. Dime, desde cuándo empezó á amarte, y yo te diré hasta qué edad te es permitido ofenderle: sabe, pues, que todavía no existias, y ya él te amaba; y qué, ¿no emplearás tú en amarle, todo el tiempo que existas?

Nace Jesucristo, y luego llora: apresúranse á salir aquellas lágrimas que han de amansar la cólera de su eterno Padre, enojado por tus ingratitudes: y con sus ardientes suspiros y deseos eficaces, llama la hora en que han de empezar sus tormentos. Yo, decia á sus apóstoles, he de ser bautizado con un bautismo de sangre: ¡oh! y cuánto tarda para lo ardiente de mi amor el cumplimiento de esta grande obra! Finalmente, en la flor de sus años, en la primavera de su vida, muere por tí: y de esa edad ¿no te dignas todavía tú de vivir para él?

Resolverse á dejar á Dios, mientras dura la juventud, y no convertirse sinó en la vejez, ¿no es hasta donde puede rayar el desprecio y el ultraje? Porque ¿sabeis qué quiere decir este discurso: mientras

yo me siento con brío y con fuerzas, quiero darme á los deleites, y cuando la edad vaya cayendo, me volveré á Dios? ¿sabeis qué quiere decir? Es como si se dijera: yo no puedo dejar de convertirme á Dios tarde ó temprano; pero, quiero dilatarlo cuanto me sea posible: lo haré cuando me vea estragado por los deleites, empobrecido por el libertinaje, perdido y podrido por la disolucion: lo haré, despues de haberme desquitado anticipadamente de las mortificaciones saludables de la virtud, con los gustos pecaminosos del vicio. Es como si se dijera: yo amo al mundo y á sus deleites; yo amo al pecado y á los deleites reprobados del pecado; yo no me apartaré del mundo, hasta que el mundo me desampare; ni dejaré de servir al mundo, hasta que el mundo me despida de su servicio; ni me abstendré de los deleites, hasta que me vea imposibilitado de disfrutarlos; ni aborreceré el pecado, hasta que el pecado carezca ya de incentivos para mí; ni dejaré de amarle, hasta que de amarle no me resulte ningun fruto ni utilidad. Es como si se dijera: yo no me entregaré á Dios, sinó en el caso de no hallar otro á quien servir; ni le buscaré, sinó cuando todo lo demás huya de mí; yo le reservo, para que ocupe el vacío que dejará en mi corazon la pérdida de los bienes y placeres mundanos; yo bien deseo, que me consuele en los sinsabores de la vejez; pero, no quiero que acibare los gustos de mi juventud. Es como si se dijera: mi corazon no se mueve por los beneficios de Dios; pero, la memoria de sus castigos consterna y atemoriza mi alma: y como, por una parte, no le amo, le ofenderé mientras me considere con tiempo bastante para aplacarle: como, por otra parte, le temo, emplearé algunos de mis décrepitos dias en desagraviarle, y con tal que logre desenojarle, nada me importa haberle ofendido: pues, yo no me propongo evitar el pecado, sinó el merecido del pecado. Es como si se dijera: nada haré, en todo el discurso de mi vida mirando á Dios, sinó que lo ejecutaré todo mirándome á mí: el amor propio y la conveniencia de mi propia tranquilidad será la regla de mis desaciertos y de mi conversion, de mis pecados, y de mi penitencia.

Discurrir y obrar de este modo ¿no es conservar siempre aficion al pecado? ¿no es exponerse á amarle siempre, y, por consiguiente, á no dejarle nunca? ¿no es esto burlarse de Dios? ¿no es esto alucinarse y engañarse á sí mismo? ¿Y qué seria de vosotros, amados oyentes míos, si Dios no quisiese ser tampoco Dios de vuestra vejez, así como vosotros no quereis que sea Dios de vuestra juventud; si repudiasen los postreros dias de vuestra vida, así como vosotros le negais los primeros?

No, me direis, no temo que desatienda mis lágrimas; bien sé, que

oirá benignamente mis postreros suspiros, y que mi desmayada y moribunda voz llegará hasta su trono: pues ¿quién no sabe, que el Dios de las misericordias es un Dios que se aplaca fácilmente? ¿Con que sabes, que es un Dios que fácilmente se amansa, y con todo eso, eres tan bárbaro, que le ofendes? ¿quién ha visto que el amor del padre sea causa para que su hijo le injurie? Vuestra conducta no solo ultraja á Dios de un modo cruelísimo, sinó que es tambien imprudente en sumo grado: pues, lo aventurais todo para en adelante. Con efecto, cuando la juventud se resuelve temerariamente á sumergirse en el vicio, no por eso consiente siempre en precipitarse en el infierno; pues espera enmendar con el buen ejemplo de su vejez los desórdenes de sus primeros años. Pero, preguntóos: ¿pende de vuestra mano el hilo de vuestra vida, ó sabéis el número de días que habeis de subsistir en el mundo? Vosotros habeis visto muchos jóvenes que, heridos de una mano invisible, murieron de repente en el verdor de sus años.

Quiero, no obstante, que saliendo victoriosos de tantos azares y peligros como amenazan á la juventud, llegéis á una edad más avanzada. Pero, el fin de vuestra juventud ¿será por eso el principio de una vida cristiana? El que peca, dice Jesucristo, se hace esclavo del pecado: *Qui facit peccatum, servus est peccati* (JOAN. VIII, 34). ¿Cuánta será pues tu servidumbre, cuando el pecado te haya dominado desde tus primeros años; cuando haya inficionado hasta las raíces todas tus perversas inclinaciones; cuando, con el trascurso de tantos años y con la muchedumbre de tantas culpas, se haya introducido hasta en los senos más ocultos del alma, y haya penetrado hasta los tuétanos de los huesos; cuando haya enflaquecido la razon, oscurecido la fé, enardecido la imaginacion, irritado los sentidos; cuando, no solo seas pecador, sino hombre habituado al pecado, hombre vendido al pecado, hombre poseido por el pecado! ¿En qué estado, dime, te hallarás entónces, para pelear con el demonio? *Adolescens*, dice el Espíritu Santo, *justa viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea* (Prov. xx, 6). El jóven que anda por los caminos del pecado, no se apartará de ellos en la vejez.

Meditad estas tremendas palabras, vosotros, que todavía os hallais en la flor de la edad, y que fluctuais entre Dios y el mundo. Estos dos señores, de condiciones tan contrarias, pretenden el dominio de vuestro corazon. Examinad cual es digno de vuestra preferencia; pero, tened entendido, que en el curso ordinario de las cosas, las obligaciones, que ahora contraigais, durarán siempre, y los últimos momentos de vuestra vida serán probablemente de aquel que posea los primeros. Los delitos de la juventud se internan en lo más interior del alma, y

el veneno penetra y se introduce prontamente. Quiéroos decir, que no solo aventurais mucho para en adelante, siguiendo los halagos del pecado en vuestra juventud, sinó que, desde luego, perdeis ya algunos bienes irreparablemente.

Perdeis, en primer lugar, aquella inocencia inestimable que recibisteis en el bautismo. Perdeis, en segundo lugar, un tiempo irreparable y de sumo valor, y tantos méritos que podiais adquirir. ¿Pensais, acaso, que os concede Dios esos hermosos años de vuestra vida, para andar, como insensatos, tras de esos inmundos deleites, para desperdiciarlos en diversiones indignas de vosotros y de él, en el frenesí del juego, en glotonerías, en amores locos, en los envenenados gustos de esas conversaciones libres, de esas músicas provocativas, de esas conversaciones, cuya alma es la murmuracion, y, muchas veces, la calumnia? ¡Oh santos cielos! ¿es posible, que al perder, al malgastar y al infamar con disoluciones sin término los mejores años de la vida, se ha de llamar hoy, con eterna ignominia de nuestro siglo, saberlos gozar? ¡Ay! ¡qué rabioso dolor sentireis á la hora de la muerte, en aquel momento formidable, en que, desapareciendo la figura de este mundo, solo la eternidad, pondrá delante de vuestros ojos la inmensa duracion de sus infinitos espacios, y os llamará toda vuestra atencion, al consideraros llenos de pecados y vacíos de buenas obras! Jóvenes, seguid aquel consejo del Sábio: *Quodcumque potest facere manus tua, instanter operare* (Eccl. ix, 10). Todo lo que puede practicar tu mano, hazlo al instante. ¿Quereis ántes llorar la pérdida de vuestra juventud, que gozaros de haberla empleado virtuosamente? Supuesto que es tan indispensable dejar, algun dia, al mundo y sus deleites; ¿no es mejor dejarle meritoriamente, que aguardar á que él te deje!

Y á vosotros, que habeis pasado ya la edad primera, y que la habeis pasado poco cristianamente; ¿qué os diré, sinó que lloreis con lágrimas que nazcan de un corazon verdaderamente contrito, los delitos de vuestra juventud? Llorad, amados oyentes míos, llorad aquella juventud tan amada de Dios, que él deseaba para sí, que os la pedia, que era tan acreedor á ella, y que vosotros le negasteis tan injustamente. Llorad aquella juventud, cuya prevaricacion ha pervertido las demás edades; aquellos años en que os hubiéra sido tan fácil la virtud, y cuyos vicios os la han dificultado tanto. Restaurad aprisa sus daños: emplead provechosamente el tiempo que su Majestad os concede: ¿no estais contentos con el que habeis desperdiciado? Si esperais la vejez, ya os hallais viejos: ¿quereis prolongar hasta el sepulcro los desvarios de la juventud? He procurado convencerlos de

esta necesidad, y paso á enseñaros brevemente, los medios con que podeis manteneros en la juventud en su amistad y gracia.

2. Entrad, desde luego, en una prudente desconfianza de vosotros mismos, de modo, que el conocimiento de vuestra flaqueza os inspire una continua vigilancia; nunca confieis en vosotros, y estad siempre advertidos contra todo lo que os rodea. Tengamos presente, que llevamos el tesoro de la gracia en vasos quebradizos, cuya fragilidad debe traernos recelosos; y que todo hombre lleva consigo peligros, que, aunque puede vencerlos, no los puede evitar. Tengamos presente, que la juventud, además de los peligros comunes, tiene otros que le son peculiares; que, exteriormente, todo conspira á engañarla, á pervertirla, á perderla. Nada ó casi nada podemos, y, no obstante, creemos poderlo todo: este es el tremendo escollo, donde naufraga cada dia la virtud más acendrada.

¡ Oh desdichada presuncion! ¡ cuántas personas inocentes has derribado! Una mirada inadvertida, la leccion de un libro, una conexión sospechosa, una accion indiscreta, fué, muchas veces, el origen y la causa primera de su ruina; y ¿ creeré yo, que el corazon de ese jóven, que nada evita, resistirá á todo? ¿ que la débil caña no cederá á la violencia del huracan, que desarraiga los cedros del Libano? Si quereis, pues, conservar la inocencia, que es flor tan tierna y delicada, procurad defenderla de los vientos y tormentas, porque basta un hálito para marchitarla.

Pero, no basta que desconfieis de vuestra fragilidad; es necesario, que este conocimiento os obligue á cautelaros prudentemente. Es verdad, que el hombre es flaco; pero, Dios es poderoso. Si él te sirve de escudo, ¿ qué dardos te podrán herir? ¿ Y en quién consiste que no lo sea? No creais, no, que deje de oír los ruegos de un jóven, que, deseoso de su salvacion, le diga con los apóstoles: *Salva nos, perimus* (MATTH. VIII, 25). Señor, gobierna por tu mano esta pobre barquilla, que está para engolfarse en un mar de tantos escollos y bajios; pues, sin tu amparo, azotada de los vientos y las olas, naufragará miserablemente. No dudeis, que súplicas tan santas serán bien despachadas; y que deseoso nuestro Dios, de lograr vuestros primeros suspiros, no permitirá que un corazon, que quiere ser suyo, sea despojo del infierno.

Por último, procurad amar la soledad, el retiro, el trabajo; no traiteis con el mundo sinó precisados de vuestro estado, de vuestra obligacion y profesion; huid de esas concurrencias poco cristianas, donde se pone todo estudio y esmero para despertar pasiones, que no hay fuerzas que basten para amortiguar después; huid de esas conversa-

ciones libres y disolutas, donde se aprende lo que nunca debiera saberse, y lo que con tanta dificultad se olvida; huid de esas diversiones, hijas de la ociosidad é incentivo de las pasiones, donde lo ménos que se aprende, es cierta relajacion de espíritu, cierto desvío de las cosas de Dios, cierta frialdad en la oracion, cierto amor al mundo, cierto olvido de la salvacion que estraga y enflaquece la virtud más robusta.

No permitais, Dios mio, que yo ande por los peligrosos caminos, por donde veo correr algunos jóvenes desatinados. Yo te amo, Señor, y solo á tí te amo. Yo te amo, y lo repito con suma complacencia. En mi corazon no arde ni arderá jamás la llama del pecado: tu gracia ha encendido en mi alma este limpio amor, que es todo mi regalo: sea yo tan dichoso, que perezca mi vida, ántes que se apague en mí la llama de la caridad: si prevés que, algun dia, me he de apartar de tí, corta el hilo de esta desgraciada vida: yo te amo, y quisiera amar-te más y más: mi amor no pide otro galardón, que otro amor más fino y vehemente. Hago yo, Dios de mi corazon, libremente y por eleccion en este mundo, lo que espero hacer en virtud de los invencibles atractivos de tu presencia, en la eterna bienaventuranza, que os deseo á todos.

JUVENTUD.

(VIRTUDES DE LA)

II.

Fili, quæ præcepit tibi Deus, illa cogita semper.

Hijo, piensa siempre en lo que te tiene mandado Dios.

(ECCLES. III, 22.)

El primer hombre fué criado á imágen y semejanza de Dios; y el hombre nuevo, el hombre regenerado, debe, con ayuda de la gracia, reformarse á imágen y semejanza de Jesucristo.

Lo que nos hará conformes con la imágen de nuestro Salvador,

hermanos míos, es la virtud. El vicio desnaturaliza al hombre, le envilece, y le asimila al ser que *no tiene inteligencia*; la práctica de todo lo *bello*, de todo lo *grande*, de todo lo *bueno*, le eleva, por el contrario, al igual del ángel, y le acerca á su perfecto modelo, nuestro Señor Jesucristo.

Hoy, quiero alentaros á esta práctica, trazándoos el cuadro de las virtudes que deben adornar particularmente vuestra juventud, pues, aunque las virtudes sean para todas las edades, las hay, sin embargo, especiales á algunas. Las de la juventud son fundamentales, porque, preparan para las de las edades siguientes, y son, al mismo tiempo, las de toda la vida.

Pidamos á Jesucristo, que nos infunda valor para correr confiados á la lucha que se nos propone, la de la virtud contra el vicio; que nos sostenga contra el demonio, contra la carne y contra nosotros mismos; y que nos convierta en héroes cristianos, semejantes á los jóvenes mártires de los primeros siglos, y á los constantes confesores de todos los tiempos, firmes en sus deberes, firmes en su conducta, y verdaderos modelos en la práctica de todas las virtudes. A. M.

1. Desobedecer, es pecar, amados hijos míos, y la santidad perfecta no es más que una perfecta obediencia. La desobediencia precipitó á los ángeles rebeldes á la reprobación eterna. Un crimen parecido, perdió al primer hombre y á sus descendientes. ¿Qué hizo con este motivo nuestro Señor Jesucristo? Para borrar aquel pecado y destruir sus funestas resultas, se hizo obediente hasta la muerte, y hasta la muerte de la cruz; entró en el mundo, diciendo: Yo vengo, oh Dios, para cumplir con tu voluntad. Y añade en su Evangelio: Yo hago siempre lo que place á mi Padre.

Obedeced á Dios, hijos míos, obedeciendo á los que de él recibieron el cuidado de guiaros, á vuestros padres y superiores: El discípulo no es superior al maestro, dice Jesucristo (MATTH. X, 24). Durante los primeros años de su vida mortal, retirado en Nazareth con María y José, el niño Jesús *les estaba sujeto* (LUC. II, 51).

Honrad á los autores de vuestros días, quienes tienen sobre vosotros la autoridad del Padre celestial, *del cual toma su nombre toda paternidad* (EPH. III, 15). Las bendiciones de la tierra, como las del cielo, están prometidas á los hijos respetuosos y dóciles (EXOD. XX, 12); pero, el hijo ingrato y rebelde será eternamente el hijo de la maldición.

Nadie en este mundo está exento de obediencia, y el que parece más encumbrado, tiene aún algún superior. Así debe de ser, pues,

sin eso, no habria orden en el mundo. La independencia, hija del orgullo, rompe todos los lazos de la vida humana, y socava y derruye la sociedad. No puede haber familia, si los hijos no obedecen á sus padres; ni escuela, si no se someten á la autoridad del maestro; ni Estado, si los súbditos no obedecen al soberano; ni parroquia, si los fieles no obedecen á sus párrocos; ni Iglesia, si los párrocos no obedecen á los prelados, y éstos al Sumo Pontífice; quien, ocupando el lugar de Jesucristo en la tierra, é investido con su poder, obedece, por su parte, á Dios, cuyo espíritu le guía é ilumina.

La mansedumbre es una de las amables virtudes de la juventud, y Jesucristo nos la recomienda con su ejemplo, cuando dice: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.*

Para practicar bien esta virtud, hijos míos, debéis: 1.º, tener poca familiaridad y mucha caridad; pues, *la caridad*, dice san Pablo, *es tierna, paciente y no envidiosa* (I COR. XIII, 4); 2.º, suportar con valor las contrariedades y regocijaros en los sufrimientos: *Quien no recibe mi cruz y no me sigue*, dice Jesús, *no es digno de mí* (MATTH. XX, 38).

Nuestro Señor fué injuriado, hijos míos, ultrajado, abofeteado, escupido, escarnecido como un insensato; muerto como un malhechor, él, Hijo de Dios, Santo de los santos, sabiduría eterna del Padre. ¿Y qué hizo entónces? *Calló y no abrió la boca. Mudo como el cordero que llevan para ser degollado* (PSALM. XXXVIII, 10, 15. ISAI. LIII, 7), no profirió queja alguna y rogó por sus verdugos (LUC. XXIII, 34).

¿Cómo sería posible, despues de eso, hijos míos, que unos miserables pecadores como nosotros, nos atreviésemos á darnos por ofendidos y á encolerizarnos?

El amor al trabajo es una virtud de todas las edades, que el niño debe poseer desde sus más tiernos años.

El hombre nace para el trabajo (JOB. V, 7); y despues de su caída, le fué dicho: *Tú te alimentarás de pan con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas á la tierra de donde fuiste sacado* (GEN. III, 19). Sea, pues, que se os imponga el trabajo manual ó el estudio, pensad que, trabajando, pagais la deuda del pecado y rescaitais vuestra alma.

Los más de los hombres trabajan solo para ganarse la vida, ó para aumentar su fortuna; y son tan ciegos, que no saben sacar partido para su salvación, de las necesidades de su estado y de sus inevitables penas.

En cuanto á vosotros, amados hijos míos, ofreced siempre á Dios